



FELIZ AÑO NUEVO 2024

**Estimadas maestras, maestros; alumnas, alumnos; trabajadoras
y trabajadores administrativos:**

A nombre del Colegio de Ciencias y Humanidades, les agradezco el trabajo realizado, a lo largo del ciclo 2023, en las tareas de enseñanza, aprendizaje, extensión cultural y recreativa; así como en los procesos académicos, administrativos y de mantenimiento a nuestras instalaciones, para garantizar los servicios y fortalecer el proyecto educativo del CCH.

Muchas felicidades a todas y todos ustedes en estas festividades decembrinas y mis mejores deseos para que realicen, durante el año 2024, sus proyectos de vida en compañía de sus seres queridos. “Que por nuestra raza hable el espíritu”.

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director General del Colegio de Ciencias y Humanidades

La verdadera ciencia de la vida

Cuentan que en una ciudad en donde se enseñaban todas las ciencias, vivía un joven que era gallardo y estudioso, y que aunque nada faltaba a la felicidad de su vida, tenía el deseo de aprender siempre más.

Un día, merced al relato de un mercader viajero, supo que en cierto país muy lejano, existía un sabio y santo que poseía él solo tanta ciencia, sabiduría y virtud como todos los sabios del siglo reunidos.

Se enteró de que aquel sabio, a pesar de su fama, ejercía sencillamente el oficio de herrero que su padre y su abuelo habían ejercido antes que él.

Cuando hubo oído estas palabras, entró en su casa, tomó sus sandalias, su alforja y su báculo y abandonó inmediatamente su ciudad y a sus amigos.

Se encaminó al país lejano en que vivía el santo maestro, para ponerse bajo su dirección y adquirir un poco de su ciencia y de su sabiduría. Anduvo durante cuarenta días y cuarenta noches y después de muchos peligros y fatigas llegó a la ciudad donde vivía el herrero.

Al punto fue al barrio de los herreros y se presentó a aquél cuya tienda le habían señalado todos los transeúntes. Después de besarle la orla del traje, quedó en pie ante él en actitud de respeto.

—¿Qué deseas, hijo mío?

—Aprender ciencia —contestó el joven.

El herrero, por toda respuesta, le puso en las manos la cuerda del fuelle de la fragua y le dijo que tirara de ella.

El nuevo discípulo se puso a tirar de la cuerda hasta la puesta del sol. Al día siguiente se dedicó al mismo trabajo. Y así los días posteriores, durante semanas, meses y todo un año, sin que nadie, en la herrería, ni el maestro, ni los numerosos discípulos, cada uno de los cuales tenía una tarea tan ruda como la suya, le dirigiesen una sola vez la palabra. Así pasaron cinco años.

Un día el discípulo se aventuró a decir:

—¡Maestro!

El herrero interrumpió su trabajo y ansiosos todos los discípulos hicieron lo mismo. El maestro dijo a su vez:

—¿Qué quieres?





—¡Ciencia!

—Tira de la cuerda...

Sin pronunciar una palabra más reanudó su trabajo. Y transcurrieron otros cinco años, durante los cuales, desde por la mañana hasta por la noche el discípulo tiró de la cuerda del fuelle sin interrupción.

Cuando algún discípulo tenía necesidad de preguntar algo, escribía la demanda y la presentaba al maestro, por la mañana, al entrar a la herrería.

El maestro, sin leer lo escrito, lo arrojaba al fuego o lo guardaba entre los pliegues de su turbante, en el primer caso era porque la pregunta no merecía respuesta. En el segundo caso, el discípulo que había preguntado, encontraba por la noche la respuesta escrita con letras de oro en la pared de su celda.

Pasados diez años, el viejo herrero se acercó al joven y le tocó el hombro. Por primera vez, después de aquel tiempo, el discípulo dejó la cuerda del fuelle, sintiendo una gran alegría.

El maestro dijo:

—Hijo mío, ya puedes volver a tu país y a tu morada llevando en tu corazón toda la ciencia del mundo y de la vida, puesto que has adquirido la virtud de la paciencia. Y le dio el beso de paz.

El discípulo regresó a su país con el espíritu iluminado. Era sabio y santo, porque era paciente y perseverante.

[Relato anónimo hindú, tomado de lectura en voz alta de Juan José Arreola]

Una broma del maestro

Había en un pueblo de la India un hombre de gran santidad. A los aldeanos les parecía una persona notable a la vez que extravagante. La verdad es que ese hombre les llamaba la atención al mismo tiempo que los confundía. El caso es que le pidieron que les predicase. El hombre, que siempre estaba en disponibilidad para los demás, no dudó en aceptar. El día señalado para la prédica, no obstante, tuvo la intuición de que la actitud de los asistentes no era sincera y de que debían recibir una lección. Llegó el momento de la charla y todos los aldeanos se dispusieron a escuchar al hombre santo confiados en pasar un buen rato a su costa. El maestro se presentó ante ellos. Tras una breve pausa de silencio, preguntó:

—Amigos, ¿sabéis de qué voy a hablaros?

—No —contestaron.

—En ese caso —dijo—, no voy a decirles nada. Son tan ignorantes que de nada podría hablarles que mereciera la pena. En tanto no sepan de qué voy a hablarles, no les dirigiré la palabra.

Los asistentes, desorientados, se fueron a sus casas. Se reunieron al día siguiente y decidieron reclamar nuevamente las palabras del santo.

El hombre no dudó en acudir hasta ellos y les preguntó:

—¿Sabéis de qué voy a hablaros?

—Sí, lo sabemos —repusieron los aldeanos.

—Siendo así —dijo el santo—, no tengo nada que decirlos, porque ya lo sabéis. Que paséis una buena noche, amigos.

Los aldeanos se sintieron burlados y experimentaron mucha indignación.

No se dieron por vencidos, desde luego, y convocaron de nuevo al hombre santo. El santo miró a los asistentes en silencio y calma. Después, preguntó:

—¿Sabéis, amigos, de qué voy a hablaros?

No queriendo dejarse atrapar de nuevo, los aldeanos ya habían convenido la respuesta:

—Algunos lo sabemos y otros no.

Y el hombre santo dijo:

—En tal caso, que los que saben transmitan su conocimiento a los que no saben.

Dicho esto, el hombre santo se marchó de nuevo al bosque.

[Tomado de 101 cuentos clásicos de la India, compilación de Ramiro Calle]

